

Todo lo demas es pura tontería, incluso los versos de usted.

La sexta quintilla es como las otras, y la sétima lo mismo. Sólo que al fin de esta última, que es la penúltima de la série, sale, no se sabe por dónde, el nombre de España.

Y luego la octava, que es de verdad la última, dice así:

«Y así la egregia matrona,
Que ve, tras duelos prolijos,
Que su poder la abandona...
Aun reina *de zona á zona*
Por la gloria de sus hijos.»

Verbigracia: (*aquí la firma*).
Y asunto concluído.

XXVII

RIPIOS... RUSOS

No es cosa mayor lo que yo quiero á los poetas modernistas; pero como toda regla tiene sus excepciones, tambien la general de mi escaso afecto á los modernistas ha de tener alguna, y desde luego la del autor de los versos que voy á presentar á ustedes se impone por lo brillante de su imaginacion, por su diction lujosa y por la facilidad con que escribe hermosos octosílabos.

Vamos, que es un modernista simpático, y lo sería mucho más ¡ay! si no abusara en sus cantos de la nota *verde*...

Tambien abusa un poco del viaje que hizo á Rusia, cuando la guerra con el Japon, y por supuesto, de la modernistería principal que consiste en cambiar el oficio á las palabras. Pero el abuso de lo verde es el más lamentable.

Los versos que van ustedes á conocer, aunque no del todo, porque, á trechos, verdigean demasiado...

Advierto al cajista ó al... como se llame ahora el encargado de manejar la nueva máquina de componer moldes, que se dice así, VERDIGUEAN; no vaya á componer *verdeguean* porque el Diccionario académico dice neciamente *verdeguear*, en vez de VERDIGUEAR, que es el verbo legítimo, pues aquellas tres *eee* seguidas no las tolera la dulce y majestuosa eufonía castellana. Por eso el uso popular castizo de Leon y Castilla, que no tiene nada que ver con la Academia ni hace caso de ella, dice que «verdiguean los campos», no que *verdeguean*; así como dice «verdinegro» y no *verdenegro*.

Mas volviendo á los versos modernistas que tengo delante, impresos en la hoja literaria de un periódico, bajo el título de *Las proféticas* y el subtítulo «En la *troika*», es de saber que comienzan así:

«Cae la nieve como lluvia...»

Y aquí tambien hay que hacer un poco de excepcion en aquello de los «hermosos octosílabos», que dije antes, ya que este primer verso ni es hermoso, ni octosílabo apenas.

Porque *ca-e* tiene dos sílabas, aunque dogmatice lo contrario un ex-jesuíta llamado Robles de apellido, especie de maestro Ciruela que ha puesto escuela de Ortología sin saber

leer... bien; y teniendo *ca-e* dos sílabas, el verso tiene nueve. De modo que para reducirle á ocho hay que comprimir el *cae* y hacer que suene *que*:

«Que la nieve como lluvia»,

ó cambiar la *e* en *i*, diciendo como los baturos: *cai* la nieve.

Porque la *a* con la *i* forma diptongo, pero no con la *e*.

«Ca-en de un monte á un valle entre pizarras», dijo Lope de Vega comenzando un soneto famoso.

«Si *ca-e* la virtud, caiga vencida»,

dijo Campoamor en otro soneto.

«Hay en Madrid una torre
Que al Campo del Moro *ca-e*,
Por dó Manzanares trae
Sus corrientes cuando corre»,

dijo Zorrilla empezando una leyenda.

«Qué serenita
Ca-e la nieve»,

dice el estribillo de una tonada popular.

Siempre dos sílabas.

Ademas, tampoco es verdad que la nieve caiga como lluvia: los copos de nieve caen

zarandeándose por el aire, mucho más despacio que las gotas de agua, porque son mucho menos densos. Por eso si se llena de nieve recién caída una caldera, y se la pone al calor para que se derrita, no queda llena de agua, ni mediada siquiera.

Vamos adelante:

«Cae la nieve como lluvia
De sal espolvoreada.»

Tampoco está esto del todo bien, porque las comparaciones se hacen de cosa menos conocida con otra más conocida, y aquí es al revés; la nieve la hemos visto caer todos, aun los que no hemos ido á Rusia, mientras que la lluvia de sal... ¿Ha visto muchas veces llover sal el señor Castro, autor de los versos?... Como no sea que acaso en San Petersburgo...

Completemos la estrofa:

«Cae la nieve como lluvia
De sal espolvoreada.
En la *troika* reclinada
Suspira la *chanteusse* rubia.»

La *troika* debe de ser una especie... dicho sea en estilo académico, una especie de coche sin ruedas, movido por yeguas, según se ve más adelante, donde dice:

«Las yeguas trotan, sonando,
Sonando los cascabeles.»

Después continúa:

«Y el *iztvoschit* que nos guía...»

Bueno: el *iztvoschit* supongo que será el cochero, en ruso; y siendo así no está bien el *nos guía*, porque el cochero no guía á los que van en el coche, los conduce; guiar, guía á las yeguas. Pero en fin, que pase.

«Y el *iztvoschit* que nos guía
Canturrea con voz franca...»

¡Ah! no, señor; esto ya no puede pasar; *canturrear* con *voz franca* no puede ser.

Como que precisamente CANTURREAR, es cantar á media voz, diga lo que quiera el Diccionario de la Academia, que no sé en este momento cómo define ese verbo; si acierta, será una casualidad... Pero crea el apreciable poeta modernista que *canturrear* es cantar á media voz, cantar entre dientes... Todo lo contrario de la *voz franca*.

Bien conozco que habiendo de terminar la cuarteta con estos dos versos:

«¡Como la nieve de blanca!
¡Como la nieve de fría!»,

en el verso segundo, en ese verso del canturreo, era de absoluta necesidad poner un consonante á *blanca*; pero aún dado el apremio

del consonante, menos malo, vamos, menos ripio quizás hubiera sido hacer al *iztvoschit*

«Natural de Salamanca...»

y mejor, desde luego, mucho mejor haber escrito:

«Y el *iztvoschit* que nos guía
Canta *igual que en Salamanca*:
¡Como la nieve de blanca!
¡Como la nieve de fría!...»

De este modo quedaba ciertamente la ligera inverosimilitud—ligera para entre modernistas—de que un cochero ruso cantara en nuestra lengua; pero á lo menos desaparecía el no tan ligero disparate de que un hombre, cochero ó marques, ruso ó africano, cualesquiera que sean su nacionalidad y su oficio, *canturree con voz franca*.

Y desaparecería sustituido por el «*igual que en Salamanca*», que en realidad no es ningún despropósito; pues más frecuente será en Salamanca que en Rusia oír cantar en hermoso castellano:

«¡Como la nieve de blanca!
¡Como la nieve de fría!...»

Y... siento decir á ustedes que de aquí no podemos pasar, porque la nota verde ¡se acentúa en los versos de un modo!...

XXVIII

Con Cánovas principié este libro, con Cánovas le demedié y con Cánovas quiero concluirle.

No se quejará don Antonio de que no doy importancia á sus vulgares inspiraciones...

Pues éste es otro soneto de don Antonio parecido á aquel de *Colmenar Viejo*, porque también embiste.

Y tiene otra gracia, ú otra desgracia, y es que, como los cuadros del famoso Orbaneja, si no fuera por el rótulo, no era posible adivinar ni sospechar siquiera su objeto, ni entender nada de lo que dice,

Por donde se convencerá el señor Cánovas, ó se convencería si fuera capaz de convencimiento, de que no es más que un Orbaneja literario.

O anti-literario, si se quiere.

Como tampoco es más que un Orbaneja político, que también tiene que rotular sus cuadros de esta clase.

¿Quién había de decir, por ejemplo, que Fabié era ministro si no le hubiera puesto don Antonio el rótulo correspondiente?

¿Quién había de creer en Roma, verbigracia, al encontrarse con el mayor de los Pidales, que aquello era el embajador de España, si no fuera por el rótulo que le puso Cánovas diciendo: Vengo en nombrar embajador, etcétera, etc.?

Pues así suelen ser todos los cuadros políticos de don Antonio.

Y los literarios no son mejores.

Y si no, vamos á ver: ¿quién diría que esto era un soneto?:

«No há mucho al ver la tempestad ceñuda...»

Que de seguro no sería tan ceñuda como don Antonio, por muy ceñuda que fuera, ni de tan mal ver, ni metería tanto miedo á los niños. Sigamos.

«No há mucho al ver la tempestad ceñuda
Bajar del monte amenazando el llano...»

Pero, antes que se me olvide, señor don Antonio, ¿quién le ha dicho á usted que la tempestad baja del monte?

¿Y quién le ha dicho que aquello de *no há mucho al ver*, etc., sea poesía, sino prosa y mala?

En fin...

«Bajar del monte amenazando el llano,
Donde tu trono se alza, dije: «en vano
Pondrá el esfuerzo, la desdicha en duda.»

¿Y qué es lo que usted dijo *en vano*, señor don Antonio?... ¿Que el esfuerzo pondría en duda la desdicha? ¿O que la desdicha pondría en duda el esfuerzo?

Y no le extrañe á usted que á cada paso haya que estarle haciendo á usted preguntas de esta índole, porque si no, es cosa de quedarse en ayunas.

Tiene usted una habilidad tan especial para oscurecer y confundir las cosas, señor Bodegas, que el diablo que le entienda á usted.

..... «en vano
Pondrá el esfuerzo, la desdicha en duda...»

Dicho así, como usted lo dice, ¿quién es capaz de adivinar si ha querido decir usted que la desdicha no puede poner en duda el esfuerzo ó que el esfuerzo no puede poner en duda la desdicha?...

Es verdad que de cualquiera de las dos maneras es una tontería; pero aún siéndolo, era bueno que se supiese cómo era.

No es posible saberlo, sin embargo, y vamos adelante:

«Que es frágil trono aquel que sólo escuda
De hierro armada y de terror la mano;
Aunque al pronto...»

¡Uf, qué prosaísmo, señor Cánovas! *Al pronto... aunque al pronto...*

¡Y usted ha creído poder competir con Zorrilla!...

¡Infeliz don Antonio!

Es usted más prosaico que el demonio.

Aunque al pronto volvamos sobre el soneto, dando por buena la oscuridad de los dos versos anteriores, y quedándonos en la duda de si la mano *escuda* al trono ó el trono á la mano, no hallaremos más que esto que sigue:

«Aunque al pronto le rinda el vulgo *insano*
Cobarde corazón y lengua muda.»

Pensamiento vulgar y pedestremente expresado.

Ahora, tomando un poco de aliento, podremos seguir tras del soneto de don Antonio, y hallaremos unas cosas que quieren ser tercetos y dicen:

«*Mas ya que...*»

¡Bonita expresión! *mas ya que...*

«Mas ya que la virtud pides á España
De Guzman...»

¿Y qué es lo que es de Guzman, España ó la virtud? Porque también esto merecía saberse.

«Mas ya que la virtud pides á España
De Guzman, y te anima el amor *tierno*,
Que Genil en sus flores apacienta...»

Pero, ¿qué amor será este amor que pacea? Porque no hay remedio: si Genil le apacienta en sus flores, es un amor que pacea, un amor rumiante, ó paquidermo, ó desdentado como el autor.

Entiéndase que esto de *como el autor* no se refiere en mi intención más que á lo de desdentado.

Por lo demás, yo no quiero llamar al autor rumiante.

En caso de llamarle algo de zoología, me hubiera contentado con llamarle roedor, por lo mucho que ha roído del presupuesto, ó por lo mucho que se ha entretenido en roer los zancajos á la poesía.

¡Pobre poesía en manos de don Antonio!
El cual sigue soneteando en esta forma:

«Mas ya que la virtud pides á España
De Guzman, y te anima el amor tierno,
Que Genil en sus flores apacienta,
Oye...»

¡Hombre, qué bonito es este *oye!* Lo mismo le dice don Antonio á su ayuda de cámara. Y áun á Vallejo.

«Oye: del negro...»

¿De cuál? ¿Del del sermón? Ese es cualquier lector de los versos de usted: porque cualquiera saca de ellos lo mismo.

«Oye: del negro temporal la saña
Se estrellará en tus manos...»

¡Qué figura más impropia y más fea, señor Presidente del Consejo!

Si hubiera usted dicho «se estrellará á tus pies», la expresión sería vulgar y usada, pero sería natural y á nadie chocaría por lo mala.

Pero, ¿se estrellará en tus manos?...

Decirle á uno ó á una, pues todavía no se sabe quién es, ni si es hombre ó mujer ó mestizo, que la saña del temporal, negro por más señas, se estrellará en sus manos, es una bobada.

Así lo que puede estrellarse es un huevo en las manos de una cocinera.

Y volvamos al negro, es decir, al soneto, que concluye:

«Oye: del negro temporal la saña
Se estrellará en tus manos, que es eterno...»

¿Eterno, ó consonante?

Lo pregunto porque me parece que lo que es, es consonante de *tierno*.

Es verdad que lo mismo puede ser *tierno* consonante de *eterno*.

Tan mal traído está un adjetivo como el otro.

«Oye: del negro temporal la saña
Se estrellará en tus manos, que es eterno
Lo que obra amor y la virtud sustenta.»

¿Y qué es lo que obra amor? ¿Y qué es lo que sustenta la virtud?

Porque de esto tampoco nos ha dicho nada don Antonio.

¿Acaso la obra del amor, ó lo que obra amor son las manos de ese ente desconocido donde se ha de estrellar la saña del temporal negro?

¿Acaso el estrabismo literario de don Antonio le cambió los renglones ó las letras, y le hizo creer que había dicho ya lo suficiente para hacerse entender de los lectores?

Pues ahora ruego á cualquiera de éstos, que vuelva á leer el soneto sin repeticiones ni comentarios, y si entiende una palabra de lo que en él ha querido decir el señor Bodegas, ni del asunto á que el soneto se refiere, que me avise.

Y me comprometo á regalarle una edicion

ilustrada de las *poesías* de don Antonio. Aunque tenga yo que costearla para él solo.

Vale Dios que de seguro me quedo con el regalo.

Y si no, ahí va el soneto:

«No há mucho al ver la tempestad ceñuda
Bajar del monte amenazando el llano,
Donde tu trono se alza, dije: «en vano
Pondrá el esfuerzo, la desdicha en duda.»

Que es frágil trono aquel que sólo escuda
De hierro armada y de terror la mano,
Aunque al pronto le rinda el vulgo insano
Cobarde corazón y lengua muda.

Mas ya que la virtud pides á España
De Guzman, y te anima el amor tierno
Que Genil en sus flores apacienta,

Oye: del negro temporal la saña
Se estrellará en tus manos, que es eterno
Lo que obra amor y la virtud sustenta.»

—
A ver quién es el guapo que me le explica.

* * *

Y mientras tanto, allá va otro soneto de don Antonio á *Francia*.

Ya he dicho que don Antonio ha hecho sonetos á todos los países.

Eso sí, todos malos, como el de *Colmenar Viejo*; pero no peores, porque no cabe.

«*A Francia* (dice don Antonio encabezando esta su mala obra). *A Francia, con motivo de ir á ocupar su trono la Condesa de Teba.*»

Donde ya el curioso lector comenzará á dudar sobre la propiedad del trono, es decir, sobre si el trono que iba á ocupar la Condesa de Teba era el suyo ó el de Francia.

Y sintiendo no poder sacarle de la duda, empiezo desde luego á meterle en otras mayores, copiándole el soneto que dice:

«Es flor nacida en los amenos huertos
Que plantaron los árabes señores...»

¡Hombre! ¿Los árabes señores? Si tan fino quería estar usted con ellos, señor don Antonio, hubiérales usted llamado los *señores árabes*, porque eso de los *árabes señores* es una trasposicion muy fea.

A más de que tampoco me parece justo que esté usted tan fino con los árabes, estando con los españoles tan desatento, que aunque todos le pedimos á usted casi de rodillas que deje el poder, no nos hace usted caso.

Mas si quisiera usted disculparse, señor Cánovas, de aquello de los *árabes señores*, diciendo que señores es el sustantivo y árabes

el adjetivo, le diré á usted que entonces la figura resulta más impropia, porque los huertos no los suelen plantar los señores, sino los criados.

Por más que diga Fray Luis de Leon aquello de

«Por mí plantado tengo un huerto»,

pues las excepciones no destruyen la regla general.

Es verdad que de todas maneras resulta muy impropia la imágen de la flor nacida en los amenos huertos que plantaron los árabes señores, ó los señores árabes, aplicada á doña Eugenia de Guzman, porque no parece sino querer dar á entender que los árabes fueron los fundadores de la familia de Guzman, de que es hija.

Lo cual es una tontería como otra cualquiera.

Pero en los versos de don Antonio no se puede hilar tan delgado; porque, examinados con algun escrúpulo, no se hallaría una sola palabra bien puesta.

Vamos más por encima:

«Es flor nacida en los amenos huertos
Que plantaron los árabes señores,
Donde Dauro, al pasar, convierte en flores
Los escombros de alcázares *inciertos*.»

¿Y por qué han de ser *inciertos* los alcázares, don Antonio, por qué han de ser *inciertos*?

¡Bah! Por la misma razon que los árabes fueron señores.

Es decir, por la misma, no; pero por otra análoga.

Los árabes hicieron de *señores*
Para servir de consonante á flores;
Y fueron los alcázares *inciertos*
Para servir de consonante á *huertos*;
Pues si en lugar de huertos fueran *prados*
Ya fueran los alcázares *dorados*.
Siga el señor Bodegas del Castillo
Poniendo consonantes á tornillo.

Y sigue:

«Si están *tus ojos* al placer despiertos...»

Para entender á quién se refiere este *tus* ó de quiénes son estos ojos hay que volver á subir hasta el epígrafe.

Bueno; que sean de Francia.

«Si están *tus ojos* al placer despiertos
Disfruta de *su luz* y sus colores...»

Este *su* parece que debe referirse á la flor aquélla de los amenos huertos de arriba; pero como las flores, aunque tengan *colores* (y consonantes), no dan luz, resulta que no sabe uno á quién referir eso de *su luz*.

Adelante:

«Ya que en iris de paz á tus furores
Te la dieron de amor...»

A usted sí que se la dieron de primo el señor don Ramon de Campoamor y todos los que, por hacerle á usted burla, le dijeron que era poeta...

¡Te la dieron de amor!... De amor... de paz... ¿en qué quedamos?

¿Y por qué es aquello de *tus furores*?

Los verdaderos furores son los de usted contra el país, señor don Antonio, y contra la literatura.

«Ya que en iris de paz á *tus furores*
Te la dieron de amor *dulces conciertos*...»

¿Y qué *dulces conciertos* son esos que dieron á Francia *una flor... en iris...* para que disfrutara de su luz?...

¡Cuánto bobada, señor, cuánta bobada y cuánto despropósito amontonan ustedes los que sin númen se meten á poetas!

Y todavía falta lo mejor.

Verbigracia:

«Mas si nueva tormenta y ronca fraguas...»

(*¡Qué elegante! Un sargento con enaguas*)

«Con que encender el mundo en ancha pira...»

(*¡Atíza!... pero Dios calme tu ira*)

«Las dulces flores, sin piedad, quemando...»
(*Vamos andando.*)

«¡Ay!...»

¿De qué se queja usted, señor don Antonio? Si todavía es usted Presidente del Consejo, ¿de qué se queja usted? Es verdad que cuando usted escribía eso aun no lo era, ni podía soñar en serlo nunca.

Lo más que usted podía soñar el año 53 era llegar á ser oficial quinto de algun ministerio, lo cual para los méritos de usted no era poco.

Vamos á ver qué era lo que le arrancaba á usted esos ayes:

«¡Ay! torna ¡oh, Francia! tórnala á las aguas...»

¡Don Antonio! ¿Quería usted que la hubieran arrojado al Sena?

¡Qué crueldad!...

No; si usted no puede tener buenos pensamientos... Ni buenas miras...

¿Y qué daño le había hecho á usted la pobre Emperatriz, para querer arrojarla á las aguas?

Y al aire; porque luego añade usted con la misma mala sintáxis de siempre:

«Y al aire en que meció su cuna mira...»

¿Y cómo es esa *cuna-mira*? ¿O es que manda usted á Francia que mire al aire?

Si el aire es incoloro, señor Cánovas, y por ende invisible.

Mas no quería decir esto don Antonio, sino esto:

«Y al aire en que meció su cuna, mira
Que *el* Alhambra feliz la está esperando.»

Todo lo cual es pura simpleza; pero además, ¿quién le ha dicho á usted, vamos, quién le ha dicho á usted que se dice *el* Alhambra, mónstruo de iniquidad poética?

Llevan, en efecto, el artículo *el* en lugar de *la* algunos nombres femeninos que le tienen consagrado por el uso, como el alma y el águila; pero no porque una palabra femenina empiece con *a* ha de llevar el artículo masculino.

¿Ha oído usted decir alguna vez *el* Asunción de la Virgen, ni *el* astucia, ni *el* amapola, ni *el* ambicion, ni *el* almeja?

Es verdad que usted parece que no ha oído campanas...

* * *

Como no sea *la de Huesca*, que... más le valiera á usted no haberla oído.

O, mejor dicho; no haberla tocado, para que los demas no la oyéramos.

Porque ¡cuidado, que suena mal!

¡Qué *campana*... digo, qué novela más desgraciada es la tal *Campana de Huesca*, señor don Antonio!

Y usted, sin embargo, empeñado en que suene y en que se la oiga, para lo cual la funde usted y la refunde á cada paso, y... p, o, r, por... cada vez peor, cada vez suena más mal aquella prosa, y cada vez se entiende menos.

En fin, como que despues de no sé cuántas refundiciones, todavía no ha sido usted capaz de acristianar siquiera el principio, el párrafo primero del primer capítulo, que dice:

«A orillas de Isuela hallé esta crónica; en una de aquellas huertas de suelo verde y pobladas de árboles...»

Y esa conjuncion no hacía falta, señor don Antonio.

Aparte de lo inverosímil que resulta eso de hallar crónicas en las huertas, donde lo natural es hallar hortalizas.

Ya si hubiera usted dicho *encontré*, mal y no tanto; porque para encontrar una cosa no es menester buscarla. Pero diciendo *hallé*, parece como que ha andado usted exprofeso por las huertas buscando crónicas entre las patatas.

Lo que hay es que usted probablemente no percibe la diferencia que existe entre los verbos *hallar* y *encontrar*, porque esas son muchas matemáticas para usted; es decir, muchas filologías.

Vamos adelante:

«A orillas del Isuela hallé esta crónica; en una de aquellas huertas de suelo verde y pobladas de árboles frutales, *cuyas* bardas...»

Aquí cualquiera cree que *cuyas* se refiere á los árboles; es decir, que las bardas son de los árboles; pero luego resulta que el autor quiere que sean de las huertas, porque dice:

«... *cuyas* bardas y setos...»

Y claro es que los setos tienen que ser de las huertas.

«... *cuyas* bardas y setos *se sustentan en las piedras robadas* á los muros de Huesca.»

Y aquí tenemos unas *bardas* y unos *setos* ladrones, que roban piedras, ó por lo menos, «se sustentan en las piedras robadas», que viene á ser lo mismo. Sólo que no debe de ser verdad, porque las bardas y los setos no suelen ser gente de tan malas mañas.

Los moderados y los conservadores, sus hi-

jos, son los que han solido sustentarse en las piedras robadas, ó de las piedras robadas á las iglesias y á los conventos; pero no vale confundir las especies.

Y, aparte de lo del robo, tampoco puede ser verdad, señor don Antonio, que las bardas y los setos se sustenten en las piedras.

Si se tratara de cercas ó tapias, podría ser, porque las tapias y las cercas, sobre piedras suelen fundarse ó sustentarse.

Pero las bardas y los setos no pueden sustentarse en piedras, señor don Antonio, sino que se sustentan en tierra, en un reguero que se abre en la tierra al formarlos.

Esto lo sabe todo el mundo, señor don Antonio, todo el mundo menos usted, que, á pesar de haberse metido á campanero desde muy jóven, repito que parece que no ha oído campanas.

Ya ve usted, señor don Antonio, cuántos desaciertos en las primeras cuatro líneas.

Y eso despues de las varias refundiciones ó nuevas ediciones que viene usted haciendo de su *Campana*, ediciones que, como no hay quien las compre, tiene que comprarlas ó por lo menos pagarlas el país contribuyente, con los fondos que se consignan para compra de libros útiles en el Ministerio de Fomento.

Porque, aunque el caso parezca increíble,

en uno de los años últimos se han adquirido por dicho Ministerio ejemplares de la famosa *Campana* por valor de 100 pesetas.

¡Señor don Antonio!...

¿Le parece á usted que no ha cobrado bastante dinero del país en sueldos de director general y de subsecretario y de ministro, y vuelve usted todavía por esos veinte duros?...

Nada... lo que dice el antiguo refrán:

Uno en papo y otro en saco,
Y otro debajo el sobaco.

FIN

PROTESTA

Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fé católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

ÍNDICE

	Págs.
I.—(CÁNOVAS).....	7
II.—(GABRIEL).....	19
III.—(JACKSON).....	27
IV.—(GRILLO).....	37
V.—(RADA Y DELGADO).....	47
VI.—(ACHA).....	59
VII.—(VALDELOMAR).....	69
VIII.—(CANO).....	79
IX.—(SANDOVAL).....	91
X.—(CÁNOVAS).....	97
XI.—(EL MISMO DON ANTONIO).....	107
XII.—(CURROS ENRÍQUEZ).....	119
XIII.—(FERNÁNDEZ SHAW).....	129
XIV.—(EL MISMO).....	141
XV.—(EL MISMO).....	153
XVI.—(GABRIEL).....	165
XVII.—(EL MISMO GABRIEL).....	175
XVIII.—(LA SEMANA MADRILEÑA).....	183
XIX.—(LA MISMA SEMANA).....	195
XX.—(CARULLA).....	205
XXI.—(VARIOS).....	209
XXII.—(SUÑER Y OTROS).....	229
XXIII.—(DON DIONISIO).....	243
XXIV.—(TORRADO).....	251
XXV.—(EL MISMO).....	261
XXVI.—(ORTEGA MOREJON).....	271
XXVII.—(CRISTÓBAL DE CASTRO).....	279
XXVIII.—(OTRA VEZ CÁNOVAS).....	285